

San Luis de Miravalle un lugar atravesado por el Camino de los Incas: una historia de lucha y trabajo comunitario



Un agradecimiento especial a los vecinos y vecinas fundadores que compartieron su tiempo para contarnos la historia del barrio:

**Gonzalo López
Luis Aymbacaña
María Pilataxi
Luis Pintado y familia
Alfonso Iza
Jorge Constante
Gladys Yépez y familia**

**María Inés Simba
Luis Alberto Guamangay
Rodrigo Umajinga
Roberto Collahuazo
Rosa Almache
Angel Minta
Vecinos/as del grupo de
WhatsApp**

**A César Sangucho y Alexandra
Umajinga por el apoyo al proyecto.**



Quando Carlos y Gloria se casaron su sueño era tener su casa propia. En ese entonces vivían rentando un cuarto en la Ferroviaria, donde llegó a vivir la familia de Gloria cuando llegaron de Latacunga. Un día, mientras cocinaban, escucharon en Radio Nacional Espejo un anuncio de venta de terrenos con facilidades de pago. En esa época Carlos trabajaba de albañil en un edificio de la Kennedy, y tenía un ingreso fijo, así que se animaron y pidieron una cita para conocer el lugar.



Con la ilusión de construir su casa fueron a visitar los terrenos. Para llegar, debían subir la loma y caminar un largo trayecto lleno de bosques y hierbas. Lo primero que les llamó la atención fue la hermosa vista del lugar, se veían las montañas y se respiraba aire puro. ¡Gloria recuerda que fue amor a primera vista!



Carlos recuerda que esto era una hacienda grande que pertenecía al señor Augusto Miranda, él encargó al señor Peñafiel que era su trabajador, que lotice y que le entregue una parte de las ventas. Peñafiel fue quien cerró el trato con la familia, y les permitió pagar a plazos.

Los lotes eran grandes lo que les gustó ya que podrían también sembrar. Carlos estaba familiarizado con los trabajos del campo pues de pequeño vivía en Píllaro y ayudaba a su familia en las cosechas. Como fueron de los primeros en comprar, pudieron elegir el lote de su preferencia, así que compraron 2000 metros en la parte alta de la montaña.

Carlos y Gloria llegaron hace 50 años. Construyeron una mediagua de adobe con techo de zinc. Ellos recuerdan que "el viento en agosto era terrible, parecidos a los huracanes, y como el camino era de tierra se veía claramente los remolinos que envolvían la tierra". En algunas ocasiones los zincs de las casas volaban debido a la fuerza del viento. Poco a poco el dueño de la hacienda y sus herederos empezaron a vender más terrenos y llegaron nuevos vecinos.



El vecino Jorge, que vive en San Luis de Miravalle más de 40 años, llegó porque el terreno era barato y la plata no alcanzaba para vivir en otro lugar. Un amigo del trabajo le contó que vendían terrenos y cuando vinieron a visitar el lugar se encontraron con el dueño y cerraron el negocio pagando una entrada y haciendo abonos durante 3 años. Jorge cuenta que la quebrada en ese entonces era hondísima, todo era puro potrero, había conejos y lobos, y había chilcos, sigse, y pencos para los linderos. También había un bosque donde iban a pastar con los animalitos. La tierra era tan fértil en su nuevo hogar, que sembrada maíz, zapallo, zambo, habas, cilantro, perejil apio, paiteña. "También sembraba cebadita, que decían que era la cebada cervecera", recuerda Jorge.

Un día de lluvia mientras Jorge, su esposa y sus hijos caminaban hacia El Camal para tomar un bus, Luis, el hijo más pequeño, perdió su zapato en el lodo. Estaba todo tan mojado y resbaladizo que al sacar el pie luego de una pisada, ya no encontró su zapato. Desde ese día, los hijos de la familia se turnaban para esperar a sus padres en la loma cuando regresaban del trabajo con botas de caucho en la mano para que se cambien y puedan entrar sin problema.

Isabel, la esposa de Jorge no se sentía contenta viviendo en San Luis de Miravalle porque la vida en este lugar era difícil. En ese tiempo, no teníamos luz, no teníamos ni agua, no había ni camino, era tierra, iera pura tierra"

"Si llovía nosotros teníamos que andar como los animalitos, como nosotros le decimos al puerco, puercos íbamos, yendo a trabajar nos tocaba enlodarnos"

"Cuando llovía era terrible el lodo que resbalaba! ¡Había tanta neblina que no podíamos salir!"





Doña Blanquita también fue una de las primeras habitantes en llegar. Ella recuerda que en ese entonces "todo era botado, pura quebraba y chaparral". Tanto así que a Blanquita le daba miedo porque era muy oscuro. Siempre estaba nublado, era muy muy frío, había mucha lluvia, y todo era silencioso. Blanquita recuerda que aquí no había gente ni arriba ni abajo, no había calles, no existía la Simón Bolívar. "Habían lobos, zorros, los lobos lloraban, lloraban los lobos" y como ha Blanquita no le gustaba, ella también lloraba con los lobos.

Cuando Blanquita llegó, solo habían 10 casitas. Ella vino de Latacunga y sus hijos nacieron aquí. Conoció de los terrenos por un anuncio en el diario El Comercio que decía “se vende lotes de terreno de 1000 metros por las antenas de la Armada”. Cuenta la vecina que tuvo que esperar 10 años para tener los papeles de su lote. Fue tan difícil el trámite, que hasta tuvieron que organizarse con otros vecinos para ir a buscar al vendedor que estaba en otro cantón para que lo pueden llevar preso y que entregue las escrituras. Algo similar pasaron los vecinos que compraron a los sobrinos de la señora Miranda, heredera del propietario de la hacienda.



Cuando debía ir al mercado, Blanquita iba con toda su familia para que le ayuden a cargar las compras que hacían en El Camal. Para ir al trabajo, su esposo debía salir a las 05:30 am y "tenía que ir abriendo potrerito hasta llegar a la Ferroviaria". Los niños hacían lo mismo para ir a la escuela. José, el esposo de Blanquita, tenía un truco para no perderse cuando caminaba en la noche o en la neblina. El caminaba hasta llegar a una pared blanca, y desde allí contaba 80 pasos para estar seguro cuál era el camino para virar a La Ferroviaria.

Afortunadamente en el barrio existían varios ojos de agua que abastecían del líquido vital a los vecinos. Cuando se secaba uno, buscaban otro. El agua era limpia y natural por lo que patitos nadaban en los charcos. Para usar el agua, debían cargar baldes hasta sus casas. Algunos madrugaban como el vecino Carlos que iba a las dos o tres de la mañana para coger el agua de la vertiente y a veces tenía que hacer hasta dos viajes para llevarla a su casa. Dejaba el agua, tomaba el cafecito, y corría al trabajo.

La ropa se lavaba en las vertientes donde luego se instalaron lavanderías. Quien madrugaba más ganaba las piedras para fregar la ropa, y así se turnaban conforme llegaban. Si había muchas tinas y costales de las vecinas, a las demás les tocaba ir a lavar al canal del Pitatambo. Los tendederos eran las chilcas y los potreros. Para sacar el agua del canal, usaban baldes jalados con cuerdas. Cuando bajaban al canal, los vecinos aprovechaban para darse un baño en el agua que era tan fría que hasta dolía la cabeza. Luego, todos subían cargando la ropa limpia y los baldes de agua. Para saciar el hambre, llevaban cucayo o cola con pan.



Así pasaron los años los primeros pobladores del barrio, entre neblina, lodo y necesidades. Una de las grandes carencias del barrio era la luz eléctrica. Hasta hace 15 años los habitantes de San Luis usaban velas, petromax o kerosén para iluminar la casa. "Los niños se quemaban las cejas haciendo los deberes con la luz de la vela". Otros vecinos usaban plantas eléctricas y compartían los gastos para la gasolina y el mantenimiento ya que era costoso.

Un día los vecinos se cansaron de no tener luz. Carlos, Gloria, Jorge, Isabel y Blanquita, se organizaron con los demás, ya que el barrio había crecido y había más gente y casitas. La estrategia fue hacer una minga. Los vecinos y vecinas iban en la noche al monte a cortar palitos del bosque para armar los postes. Seis meses de trabajo les tomó conseguir la luz. Tuvieron que abrir la carretera, cortar la madera, hacer huecos en la tierra para instalar los postes, y gestionar con la empresa eléctrica para contar con luz.



José recuerda que la gente era de lado a lado ayudando, con machetes, con lo que sea. En minga todos iban por el bosque hasta adentro y luego a dejar los postes en cada hueco llenos de emoción porque ya llegaba la luz, y cuando ya recibieron la obra se hizo una fiesta.

Pero esta no fue ni la primera ni la última minga del barrio. Por algún tiempo hubo una directiva fija que organizaba al barrio y conseguían las obras. Iban al municipio, buscaban contactos, conseguían materiales, motivaban a la gente.



En esa época se hacían mingas los sábados y domingos, a veces hasta las 7 de la noche, como cuando se abrieron los caminos. La iglesia y la guardería también se hicieron con minga. Los vecinos recuerdan que "para animar a la gente, se preparaba unas papitas y chicha y así aguantar la jornada".



La vida en el barrio no era solo trabajo duro. Todos los años se hacía la fiesta del niño, se festejaba en la casa barrial con castillo, voladores y hasta chicha. En fin de año, los vecinos colaboraban y hacían un viejo para quemarlo. En Fiestas de Quito también se ponía la radio y se armaba el baile con un canelazo.

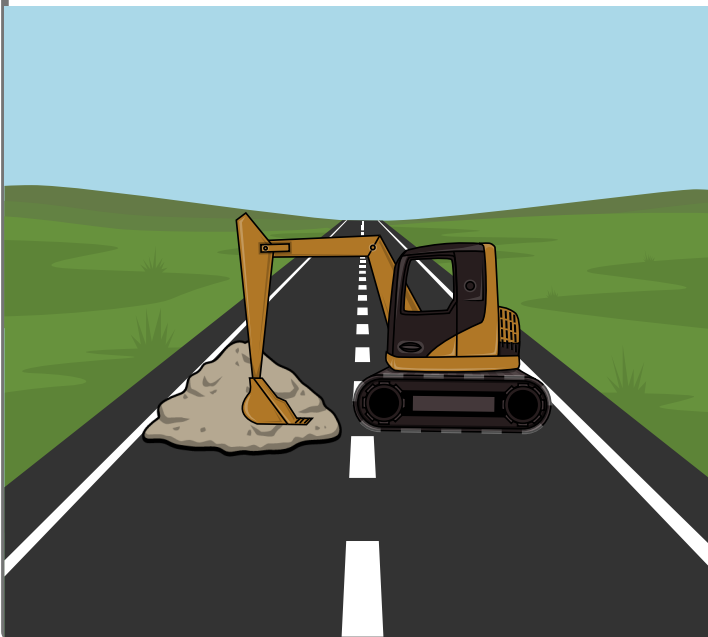
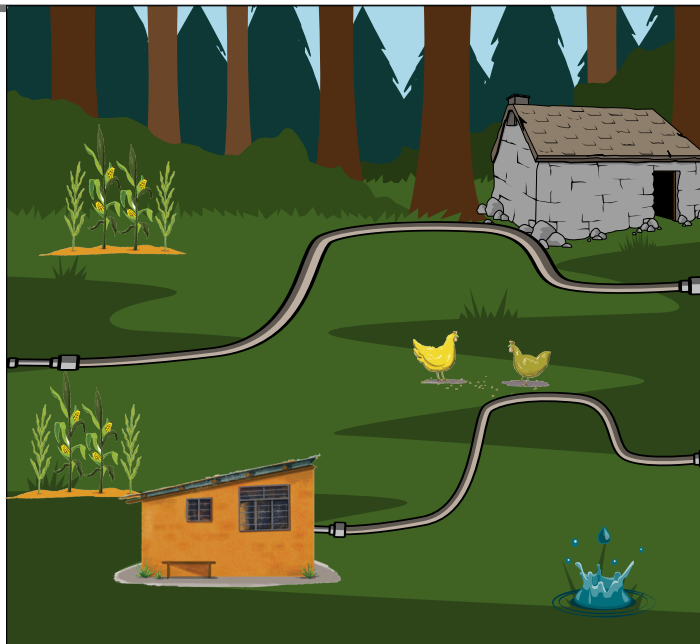
Para los primeros pobladores el trabajo en minga fue fundamental. Cuando Jorge e Isabel llegaron, era difícil meter el material para construir las casas, todo era caro y lejos porque no había caminos ni transporte. Los vecinos usaban burritos para cargar ripio, molones y agua desde el canal de Pitatambo o madrugaban para traer el material. También hacían mingas con sus familias para cargar desde El Camal costales con cemento y bloques.

En esa época el esposo de Blanquita hizo la casa de adobe, todos debían trabajar pisando el material para hacerlos adobes. Los vecinos que llegaron después y sabían de construcción, construían poco a poco sus casas. Jorge, por ejemplo, se levantaba, "dos, tres de la mañana y trabajaba hasta las cinco de la mañana para avanzar un poco de la cimentación de la casa". A las 5 de la tarde que regresaba del trabajo, se cambiaba de ropa, tomaba un café, y volvía a trabajar en la casa.



La necesidad de agua era algo urgente. Antes de que llegue el agua potable, se instalaron grifos públicos en la parte alta del barrio. Los vecinos compraron mangueras y se organizaban en turnos de dos horas dos veces por semana para abastecerse.

Los vecinos tenían que subir sin importar la hora a conectar la manguera, algunos madrugaban, otros anocheaban. Los grifos duraron 13 años, hasta que con la gestión que hizo la directiva a través de algunos políticos, un asambleísta les ayudó con el agua potable.



Aproximadamente en 1982 empezaron los trabajos para trazar la avenida Simón Bolívar. Los vecinos recuerdan los tractores abriendo la vía y el lodazal que había cuando llovía. Con la llegada de la vía, la situación cambió.

¡El barrio ya era parte de la ciudad! Los vecinos que llegaron después a vivir en la parte baja, ya podían traer un carro cargando los materiales, pero tuvieron que construir o ampliar las vías para que puedan entrar. Cuentan que tenían que esperar al verano porque en invierno el carro no podría entrar.



Quando llueve mucho hay tormentas de rayos que dañan los electrodomésticos o hacen que se vaya la luz y el internet. Una vez, a una vecina se le murió una vaquita por culpa de un rayo, iella se salvó de milagro porque justo tuvo que salir de ese lugar! El agua baja a toda velocidad llevando la tierra suelta por la montaña, las calles y las gradas, causando a veces derrumbes. El agua de la Av. Simón Bolívar también baja como un río y a veces entra a las casas. Gracias al alcantarillado, algunos vecinos han logrado entubar el agua lluvia para que ya no baje con tanta fuerza.

¡La vida cuando llueve es otra historia! Cuentan los habitantes que una vez hubo una granizada muy muy fuerte. El frío era tan intenso que el agua cuando bajaba se congeló en las gradas de cemento, y el granizo que cayó hundió algunos techos de las casas. "Fue algo bárbaro y emocionante al mismo tiempo. Cuando terminó el aguacero y cayó la noche, salió la luna y el ambiente era de una palidez tipo Transilvania, era entre hermoso y espantoso".



San Luis de Miravalle es un barrio donde hay mucha agua. Agua de lluvia, agua de las vertientes, agua que viene de la pista, agua de los pozos sépticos, en fin, agua por todo lado. Los vecinos en su afán por vivir dignamente gestionaron durante mucho tiempo la construcción del alcantarillado y la provisión de agua potable. Papeles por aquí, papeles por allá, 40 años esperando las obras. Hasta que un día decidieron hacer algo para ser atendidos.

“Un día nos organizamos con los barrios aledaños e hicimos más grupo y una mañana cerramos la autopista Simón Bolívar, no dejamos pasar el transporte. Ahí sí vinieron las autoridades, toditos, vinieron la policía, vinieron de la empresa, vinieron a ver qué pasa, y nosotros estábamos con cartelones, más de 200 personas. La Policía llamó a los dirigentes y nos querían detener diciendo que es una calle con bastante influencia, pero les enseñamos todos los documentos para que nos dejen libres”. Esta estrategia funcionó y la empresa de agua potable se comprometió en la provisión de agua potable y alcantarillado, aunque el alcantarillado llegó algunos años después.



El alcantarillado estaba programado para construirse en 5 etapas, según los diferentes sectores del barrio. Sin embargo, en 2019 sucedió un desastre. Esa semana todos los días llovió, pero ese 25 de febrero cayó una tempestad. De pronto, desde la calle Quipus un lodazal descendió por las escalinatas hasta la calle 30, se oyó un ibum, durísimo!

En medio de la lluvia, los vecinos y vecinas vieron como parte de la montaña se desplomaba, y con el agua, el lodo descendía ladera abajo destruyendo algunas viviendas de Santa Teresita de Conocoto.

Ese día las autoridades, organismos de socorro, y hasta los medios de comunicación visitaron el barrio.

A partir de lo ocurrido, la obra del alcantarillado se priorizó y empezó su construcción en esta parte del barrio.



Hoy en día, San Luis de Miravalle cuenta con muchos servicios, agua, luz, teléfono, internet, recolección de basura, y alcantarillado. Nada de esto hubiera sido posible sin el trabajo en minga de la gente, sin la organización de las directivas y sin el proceso de lucha. Como dicen los vecinos y vecinas, “lo que el barrio es hoy en día es el resultado de una lucha de muchos años, de sufrimiento, de mingas, de organizarnos para conseguirlas cosas”. Aún hay mucho por hacer, como el arreglo de las vías, contar con transporte público y áreas verdes, y que todos cuenten con alcantarillado. La lucha continua, y al igual que hace 40 años, si los vecinos y vecinas no trabajaban juntos, ¿Quién lo haría?



PROYECTO "CIUDADES DEL MAÑANA"

Barrio SAN LUIS DE MIRAVALLE

Redacción y diseño:

María Isabel Cupuerán - Elisa Puga Cevallos

Soporte metodológico:

Alfredo Santillán, Teresa Armijos, Giuseppe Forino

Crédito por las imágenes:

Alejandro Calderón

Storyboardthat

